

UN ACERCAMIENTO A LA DIMENSIÓN SIMBÓLICA DE LA CULTURA MATERIAL EN LA REGIÓN PAMPEANA

Mariano Bonomo[^]

RESUMEN

Este trabajo tiene como finalidad comenzar a evaluar cuáles podrían ser algunos de los derivados materiales de la esfera ideacional en la arqueología pampeana. Para ello, se tienen en cuenta teorías antropológicas sobre la religión e indicadores arqueológicos empleados para tratar este tema. Con este objetivo general se recurre al caso particular del sitio Nutria Mansa 1, donde se discute la evidencia allí recuperada en el marco del registro arqueológico regional. Además, a los efectos de intentar acotar las diversas posibilidades de interpretación del pasado, se exploran fuentes etnográficas de Pampa y Patagonia. Las evidencias y los argumentos discutidos en este artículo muestran que objetos con variables connotaciones simbólicas estuvieron presentes en la vida cotidiana de los cazadores-recolectores pampeanos. Esto permite concluir que, al mismo tiempo que estas sociedades explotaban el ambiente para la subsistencia y la producción tecnológica, estaban interactuando diferentes factores ideológicos que tuvieron derivados materiales detectables en el registro arqueológico.

Palabras clave: *Región pampeana. Cazadores-recolectores. Dominio ideacional.*

ABSTRACT

This paper has the purpose of beginning to evaluate which could be some of the material correlates of the ideational sphere in Pampean archaeology. For that reason, anthropological theories of religion and archaeological data used to treat this subject were considered. With this general objective, the evidence recovered at a particular archeological site -Nutria Mansa 1- is discussed within the framework of the regional archaeological record. In addition, on an attempt to reduce the diverse possibilities of interpretations of the past, ethnographic sources from Pampa and Patagonia regions are explored. The evidences and arguments discussed in this article show that objects with variable symbolic connotations were present in Pampean hunter-gatherers daily life. This allows concluding that, at the same time these societies exploited the environment for

* CONICET/Departamento Científico de Arqueología, Facultad de Ciencias Naturales y Museo, UNLP.

subsistence and technological production, different ideological factors were interacting and that they had detectable material consequences in the archaeological record.

Key words: *Pampean region. Hunter-gatherers. Ideational domain.*

INTRODUCCION

Diversos estudios arqueológicos acerca de las creencias y los rituales de las sociedades del pasado (González 1992; Renfrew 1994; Walker 1995; Brown 1997; Falchetti 1999; Wilson 1999; Politis 2000; Insoll 2004; Bradley 2005; etc.) señalan que es posible realizar un abordaje científico de estos problemas. Además, muestran que este abordaje se puede efectuar sin reducirlo a una mera forma de interpretar aquellos elementos del registro para los cuales no se tiene una explicación tecno-económica o ambiental testeable (Verhoeven 2002:233). Estos estudios van más allá de sólo reconocer en esa clase de explicaciones que también factores ideacionales podrían haber actuado en el pasado y trascienden la atribución de significados simbólicos a sitios arqueológicos excepcionales y a objetos extraños o con un alto grado de elaboración.

Este artículo constituye una continuación y ampliación a nivel regional de una serie de trabajos (Bonomo 2004, 2007a, 2007b) que estuvieron destinados a explorar temas particulares ligados a la simbología del paisaje costero y sus productos, sobre todo los moluscos marinos. El presente estudio tiene como objetivo comenzar a evaluar a escala regional cuáles podrían ser algunos de los derivados materiales de los aspectos simbólicos incluidos en la esfera ideacional de los cazadores-recolectores pampeanos. Para avanzar hacia ese propósito se considera necesario sondear en el registro arqueológico la controvertida relación entre el dominio ideacional y la práctica de la vida cotidiana.

ANTROPOLOGÍA, ARQUEOLOGÍA Y LA ESFERA IDEACIONAL

La abundante bibliografía antropológica existente sobre religión puede servir para empezar a elaborar modelos arqueológicos que permitan reconstruir las conductas rituales y los sistemas de creencias pretéritos. Desde los inicios de la antropología se han estudiado estos temas en poblaciones no occidentales. Con la expansión europea de los siglos XV a XIX se recopiló un gran volumen de relatos etnográficos sobre los grupos denominados “primitivos” (sobre todo cazadores-recolectores). En un principio, se describían a estos grupos constituidos por individuos con supersticiones absurdas, sin ninguna conexión con la realidad, ligadas a poderes ocultos y misterios sobrenaturales. Luego, se reconoció a la religión como una manifestación humana universal y se desarrollaron cuerpos teóricos más organizados que se focalizaron en la búsqueda de sus posibles causas y orígenes históricos. Un grupo de autores evolucionistas (Tylor 1873; Spencer 1896; Frazer 1951) enfatizó los aspectos psicológicos de la religión y la magia como las experiencias sensoriales y los estados emocionales de los sujetos. En cambio, otros investigadores (Durkheim 1915; Lowie 1963; Radcliffe-Brown 1973; Mauss 1979) remarcaron la dimensión sociológica de la religión y su principal función de mantener la cohesión grupal (Evans-Pritchard 1984; Womack 2005).

La observación recurrente de creencias similares en distintos pueblos “primitivos” condujo a que se definieran conceptos generales que las englobaran. Se emplearon términos como animismo (Tylor 1873), fetichismo (de Brosses 1760 en Evans-Pritchard 1984) y palabras de lenguas nativas tales como *tótem*, *orenda* o *maná* (p. ej. Durkheim 1915; Frazer 1951; Radcliffe-Brown 1973; Mauss 1979). La utilización de conceptos ajenos a las institucionalizadas religiones modernas implicaba tácitamente que las creencias en fuerzas superiores de estos grupos no podían explicarse con un lenguaje teológico debido a que mostraban una organización diferente del cosmos

(Evans-Pritchard 1984). Entre las categorías antropológicas elaboradas se destacan el animismo y el totemismo. Esto se debe a que han sido retomadas en la literatura reciente que revisa las nociones de naturaleza y cultura y, además, porque estos sistemas, que por lo general constituyen conjuntos de creencias más amplios, poseen una vasta distribución en el continente americano (Descola 1992; Viveiros de Castro 2002).

La influyente teoría del animismo de Tylor (1873) marcó desde sus inicios el estudio antropológico de los fenómenos religiosos. Este autor sostuvo que la religión puede reducirse en última instancia a la creencia en seres espirituales. Desde esta perspectiva, se consideraba que determinados procesos filosóficos y experiencias psíquicas ligadas a la muerte, las enfermedades, los trances y, sobre todo, a los sueños condujeron a los pueblos “primitivos” a reconocer al alma (*i.e.* ánima) y los espíritus como entidades inmateriales que tienen vida independiente de los seres vivos, fenómenos naturales y materiales inertes. En el sistema animista se transfieren cualidades humanas a la naturaleza y la cultura material. Esto conlleva la idea de que los animales, las plantas y los objetos inanimados tienen alma equiparable a la de las personas. El alma de los seres humanos puede sobrevivir después de la muerte -al igual que la atribuida a los elementos del ambiente y los bienes materiales que puede separarse de la parte tangible de los mismos-, trascendiendo lo terrenal y lo temporal (véanse revisiones del concepto de animismo en Descola 1992, Bird-David 1999 y Stringer 1999).

Por otra parte, el núcleo del totemismo se basa en una prolongación de la naturaleza sobre las relaciones sociales (entre otros Descola 1992; Viveiros de Castro 2002). El totemismo es un conjunto de creencias y prácticas que generalmente implica una división de la sociedad en grupos menores. Cada uno de estos segmentos se identifica usualmente con determinados animales, aunque también con algunas plantas, rasgos de la naturaleza o artefactos, con los que los sujetos mantienen relaciones comunitarias rituales y genealógicas. Estos elementos son respetados por ser considerados antepasados de los miembros de cada unidad totémica (Radcliffe-Brown 1973; Lévi-Strauss 1982; Ingold 2000). Para Lévi-Strauss (1982), quien reimpulsó su estudio a principios de 1960, estas creencias son expresiones simbólicas de la realidad que muestran cómo las diferencias naturales (físicas y de hábitat) observadas entre los animales reconocidos como *tótem* fueron utilizadas por los humanos como soporte conceptual de las diferencias internas de la sociedad. Entonces, a diferencia del animismo que humaniza lo natural, el totemismo naturaliza lo cultural. Aunque existe esta relación inversa entre ambos sistemas de creencias, se han observado distintas combinaciones de animismo y totemismo entre los grupos americanos (Descola 1992).

Como se ha señalado, en los comienzos de la antropología hubo un marcado interés por las creencias de los cazadores-recolectores. Luego, a partir del encuentro *Man the Hunter* (Lee y DeVore 1968), las investigaciones de estos grupos se basaron fuertemente en aspectos utilitarios, materialistas y conductuales, dejándose de lado núcleos temáticos esenciales como la esfera ideacional (Shapiro 1998:489). Sin embargo, numerosos autores (Gould 1980; Renfrew 1994; Lisboa 1995; Thomas 1996; Hampton 1999; Madrid *et al.* 2000; Politis y Saunders 2002; Insoll 2004; Bradley 2005; entre otros) han vuelto a resaltar que la separación dual de los fenómenos simbólicos por un lado, y de los utilitarios por otro, no es adecuada para un abordaje integral de la complejidad de las sociedades humanas. El hecho de que por razones metodológicas y operativas usualmente se delimiten campos de estudio económico, tecnológico, socio-político o ideacional, no implica que estos funcionen de manera autónoma en las poblaciones humanas. Siguiendo estas ideas, en este trabajo se considera que entre los cazadores-recolectores los aspectos simbólicos y cotidianos están claramente entrelazados. La esfera ideacional opera al mismo tiempo que las dimensiones económicas, tecnológicas y socio-políticas, lo cual se manifiesta en la fusión de la experiencia doméstica con la sagrada en estos grupos humanos. Por lo tanto, la esfera de las ideas, las creencias, los valores, los sentimientos y sus representaciones simbólicas mediante objetos, palabras o conductas (Womack 2005) puede tener correlatos materiales en distintos contextos arqueológicos en los que los individuos desarrollaron sus actividades.

El carácter simbólico de los objetos puede ser inferido a partir del contexto social y material que los delimita. En los contextos mortuorios y faunísticos de los sitios arqueológicos pueden ser halladas evidencias relevantes para interpretar las connotaciones atribuidas en el pasado a elementos particulares. En el caso de los contextos funerarios, los materiales incluidos en los ajuares y el tratamiento dado a los cuerpos brindan una base para reconstruir las creencias religiosas pretéritas (Lisboa 1995; McHugh 1999). Otra vía fructífera de análisis son los conjuntos faunísticos, ya que la cosmovisión, fundada en acontecimientos de la experiencia diaria, influye en la manera específica en que se explotan los recursos del entorno natural (Flannery y Marcus 1993). De esta forma, con el estudio del conjunto óseo de un sitio se puede obtener información de las características del ambiente cuando éste fue habitado, del modo de subsistencia de sus ocupantes y de la relación entre los seres humanos y los animales (Ingold 2000). En estos conjuntos debe ser explicada tanto la presencia de los ejemplares que se seleccionaron para su consumo u otros usos, como la ausencia de otros (Zimmermann Holt 1996). Por eso, es necesario examinar no sólo los patrones dominantes sino también el papel diferencial que tuvieron especies particulares y la ausencia de determinados taxa en el registro.

En los grupos cuya subsistencia depende de la caza y la recolección son muy frecuentes los símbolos derivados de especies del reino animal (Ingold 2000), los cuales estructuran el universo natural con el social a partir de límites poco definidos. En los cazadores-recolectores actuales las diferencias entre humanos y animales son de grado, lo cual implica que estos grupos no necesariamente utilizan categorías específicas para diferenciarse ellos mismos de los animales que cazan o de predadores como los carnívoros (Viveiros de Castro 2002). En los esquemas clasificatorios aborígenes, parte de la fauna se describe por medio de categorías culturales de acuerdo con conductas humanas y un profundo conocimiento de su forma de vida (Zimmermann Holt 1996; Politis y Saunders 2002).

Desde otra perspectiva, los comportamientos hacia la fauna se fundamentan desde la mitología. Los mitos son relatos en los que se registran creencias que componen la historia sagrada de una población y explican su presente (Eliade 1992). Los eventos sucedidos en el pasado ancestral descriptos en los mitos pueden funcionar en el presente como patrones del comportamiento humano; por ello se reproducen frecuentemente por los individuos durante los rituales y acciones de la vida cotidiana (Shapiro 1998). En los mitos es muy habitual que los cazadores-recolectores asocien los animales en forma diferencial y ambigua con los dominios espirituales, cognitivos y materiales de la sociedad.

En las fuentes etnográficas de las regiones pampeana y patagónica se describen animales míticos con intencionalidad humana, ceremonias, ritos shamánicos, creencias anímicas y canciones totémicas. Allí pueden buscarse indicios para explorar cómo pudieron actuar los factores ideacionales sobre la selección o no de parte de los animales disponibles y sobre la utilización de la cultura material del pasado (véase discusión y aplicación de esta herramienta metodológica en González 1992; Walker 1995; Saunders 1998; Whitley 1998 y Falchetti 1999). Para las poblaciones humanas de dichas regiones, numerosos datos indican la existencia de determinados referentes con fuertes significados simbólicos. Como se muestra en el desarrollo del presente artículo, entre estos grupos los félidos, los zorros, los huesos mineralizados, las bolas de boleadora y los pigmentos habrían ocupado lugares importantes en las creencias, los mitos, las narrativas tradicionales y/o los rituales.

Sin embargo, es necesario aclarar que el estudio de parte de la evidencia documental sobre la esfera ideacional presenta marcadas limitaciones. Esto se debe a varias causas, entre las que se destacan las siguientes: 1) no siempre se mencionan los restos materiales producidos durante los hechos que se narran; 2) algunas fuentes no son de primera mano por lo que no se puede verificar el origen de las referencias; 3) hubo un complejo sincretismo entre elementos araucanos y tehuelches en la Pampa y el norte de Patagonia que se remonta como mínimo a inicios del siglo XVIII, sumado a la asimilación de elementos europeos; 4) existe la posibilidad de que algunas ideas

abstractas hayan sido introducidas o matizadas a partir del contacto con la sociedad occidental, debido a que la mayoría de las fuentes más completas sobre las creencias son de mediados del siglo XX (véanse Bórmida y Siffredi 1969-70 y Casamiquela 1988).

Esta información cualitativa analizada con cautela permite, no obstante, visualizar en forma global y comparativa los múltiples niveles de significación simbólica de ciertos objetos y animales. Esto no implica que los elementos tengan connotaciones idiosincráticas equivalentes en diferentes tiempos y espacios. La analogía no debe estar fundada en la creencia de que el comportamiento humano es uniforme o que los datos etnográficos pueden replicar una asociación idéntica de significados distintivos de una sociedad del pasado (Wylie 1985). Desde esta perspectiva, las tradiciones orales transcritas en los documentos no deben proyectarse de manera acrítica y directa en el registro arqueológico. Aun así, esta clase de información, sumamente relevante para comprender las creencias de estas sociedades no occidentales, tampoco debe ser ignorada deliberadamente sin una previa consideración (Whitley 1998; Falchetti 1999).

Más allá de que las poblaciones post-hispánicas están inmersas en condiciones históricas y ambientales muy diversas, las mismas comparten componentes de la subsistencia (en un principio, basada en la caza y la recolección) y del inventario artefactual tradicional, así como principios básicos de racionalidad, comparables en cierto punto con los de los grupos pampeanos prehispánicos (Madrid *et al.* 2000). Como han demostrado estudios recientes (p. ej. Dillehay 1990; Whitley 1998), ciertos símbolos e íconos podrían haber trascendido en el tiempo y el espacio como producto de un largo proceso que se inició antes de la conquista europea. Es por esto que a partir de los escritos etnográficos pueden abordarse aspectos concretos de lo ideacional como creencias, ritos, representaciones conceptuales, etc., que poseen derivados materiales observables (Gould 1980). Estos temas son generalmente considerados epifenómenos subjetivos o bien se excluyen de los problemas que la arqueología debe resolver lo cual en realidad puede estar reflejando otro tipo de proyección en el pasado, quizás más grave que la mencionada en el párrafo anterior, la del mundo secular en el que se desarrolla la disciplina hoy (Insoll 2004; Bradley 2005). Un primer acercamiento a las fuentes etnográficas puede sugerir principios generativos, hipótesis y generalizaciones que contribuyan a enmarcar las perspectivas de interpretación del registro material (Saunders 1998).

LA DIMENSIÓN SIMBÓLICA DE LA CULTURA MATERIAL

En esta sección se abordan aspectos relativos al simbolismo de las poblaciones pampeanas en dos planos generales, uno arqueológico y otro etnográfico. Para determinados elementos de la cultura material (unidades anatómicas de carnívoros, dientes de tiburón blanco, huesos mineralizados, pigmentos, etc.), en primer lugar, se presentan los datos procedentes del sitio Nutria Mansa 1 (NM1) junto con la información existente sobre estos materiales en el registro arqueológico regional, para lo cual se tomaron en cuenta 20 contextos pampeanos. Se analiza su distribución, frecuencia, contextos de depositación y de uso. Luego se exploran los usos y significados que se desprenden de los escritos de clérigos, naturalistas, exploradores, etnohistoriadores y etnógrafos/as que describieron el modo de vida de los cazadores-recolectores de Pampa y Patagonia (pampas, puelches, tehuelches, etc.).

El sitio arqueológico NM1 se localiza en la margen izquierda del curso inferior del arroyo Nutria Mansa (partido de Gral. Alvarado, provincia de Buenos Aires; Figura 1). El Componente Inferior del sitio está constituido por 2.292 artefactos líticos y 142.732 especímenes óseos correspondientes a 20 taxa distintos. Las dataciones radiocarbónicas ubican las ocupaciones de este componente entre los 2.700 y los 3.100 años AP. A través de los estudios de tecnología lítica efectuados se infiere el desarrollo de una gran variedad de tareas de producción artefactual, desde

la reducción inicial de nódulos hasta la manufactura de numerosos instrumentos (más de 400). En relación al material faunístico, se han llevado a cabo actividades vinculadas con el procesamiento primario, secundario y, en menor medida, el consumo de un amplio rango de partes esqueléticas de por lo menos 58 guanacos. Las evidencias registradas en NM1 sugieren la realización de múltiples actividades en un campamento ocupado por cazadores-recolectores durante los inicios del Holoceno tardío (Bonomo 2004, 2005a).

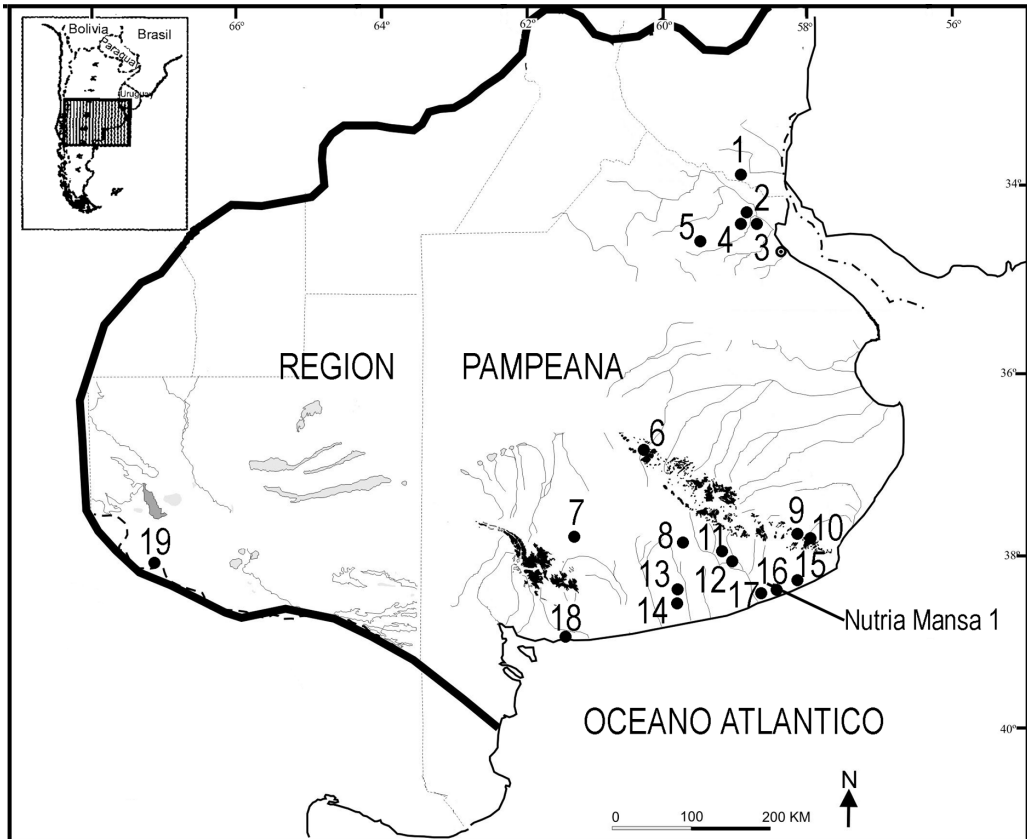


Figura 1. Mapa de la región pampeana con la ubicación del sitio Nutria Mansa 1 y los principales contextos arqueológicos mencionados en el texto. 1: Brazo Largo, 2: Anahí, 3: La Bellaca 2, 4: Río Luján, 5: Cañada Rocha, 6: Calera, 7: Fortín Necochea, 8: Ea. Santa Clara, 9: Cueva El Abra, 10: Cueva Tixi, 11: Zanjón Seco 2, 12: Paso Otero 3, 13: Arroyo Seco 2, 14: Campo Brochetto, 15: La Ballenera (Colección Frenguelli), 16: Túmulo de Malacara, 17: El Moro, 18: El Tiburonero y 19: Casa de Piedra 1.

En el Componente Inferior de NM1 se han recuperado ciertos objetos y materiales faunísticos que podrían tener connotaciones simbólicas ligadas a las creencias de los seres humanos que habitaron este lugar. Estas propuestas deben ser evaluadas en el registro regional con el fin de analizar si existe algún tipo de correlato material que pueda ser asociado, al menos de manera indirecta o parcial, con estos fenómenos abstractos. Una aproximación global al simbolismo y la cosmología de las poblaciones prehispánicas pampeanas ha sido efectuada por Politis (2000). En relación con estos fenómenos de índole simbólica, los materiales de NM1 que a continuación serán discutidos son: el material faunístico perteneciente a cinco especies de carnívoros, dos pendientes elaborados en dientes de tiburón blanco, dos huesos mineralizados, las bolas de boleadora y los pigmentos minerales.

Los carnívoros

En Nutria Mansa 1 se recuperaron elementos de cánidos, como *Dusicyon gymnocercus* (zorro pampeano; número mínimo de individuos NMI=2), *Dusicyon avus* (zorro extinguido; NMI=6) y *Chrysocyon brachyurus* (aguará guazú; NMI=1), del félido *Panthera onca* (yaguareté; NMI=1) y del mustélido *Conepatus* sp. (zorrino; NMI=2) (Figura 2). Sus restos están constituidos principalmente por molares y premolares superiores e inferiores sueltos. Los fragmentos de mandíbulas sin caninos, los dientes incisivos y los caninos se presentan en una baja frecuencia relativa. Los huesos del esqueleto post-craneal poseen una muy baja proporción o están ausentes (Tabla 1). En los especímenes de estos carnívoros no se han observado evidencias de termoalteración, fracturas helicoidales, ni huellas de corte que apoyen su procesamiento o consumo. Este hecho puede ser empleado para sostener que los restos óseos de estas especies se introdujeron por muerte natural en los depósitos arqueológicos. Sin embargo, el registro de huesos sin modificaciones culturales no es prueba suficiente para argumentar que no son producto de la actividad humana (véanse ejemplos en Politis y Saunders 2000). El hallazgo de la mayoría de los carnívoros de NM1 podría explicarse por causas antrópicas si se pone énfasis en la diversidad de especies registradas, el número mínimo de individuos que poseen algunas taxa y en la representación diferencial de sus partes anatómicas. Respecto de este último punto, se asume que si se hubieran descartado abundantes elementos del esqueleto post-craneal de los individuos presentes en el depósito una mayor parte de los mismos deberían haberse preservado.

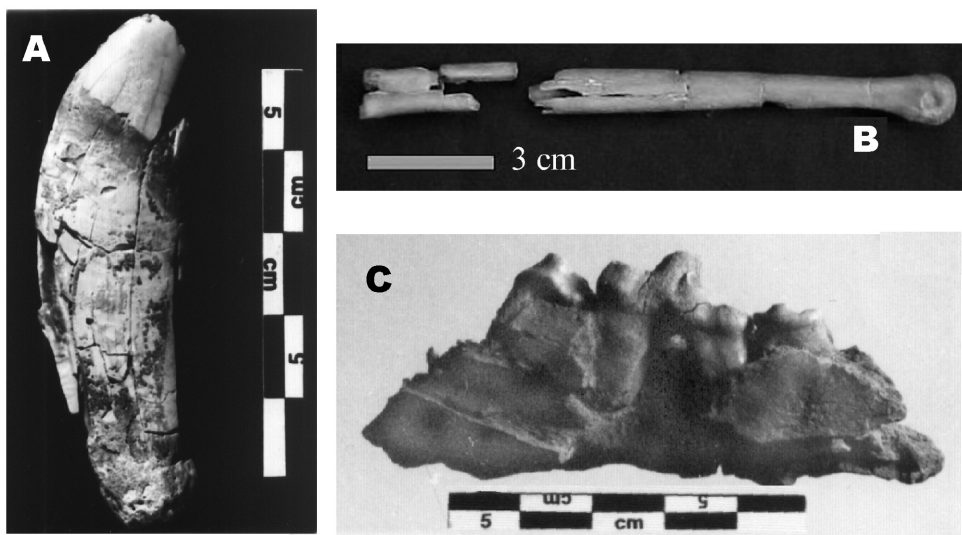


Figura 2. Materiales faunísticos de carnívoros recuperado en NM1. A: c1 izquierdo de *Panthera onca*, B: metatarsiano V de *Chrysocyon brachyurus* y C: hemimandíbula derecha incompleta con los p4-m2 de *Dusicyon avus*.

Una parte de los taxa hallados en NM1 como el jaguar, el aguará guazú y el zorrino, están representados por escasos elementos (Tabla 1). Es interesante notar que parte de estos carnívoros también se registran en pocos sitios arqueológicos (Martínez y Gutiérrez 2004: tablas 2 y 3). Las determinaciones confiables de restos de jaguar y aguará guazú se restringen a cuatro sitios: Cañada Rocha (Salemme 1987) y Don Santiago (Caggiano 1984) -para la primera especie- Anahí y La Bellaca 2 (Acosta 2005) -para la segunda (Tabla 2). Materiales asignados a zorrinos se recuperaron en tres sitios: Cañada Rocha (Salemme 1987), Cueva Tixi (Quintana 2001) y Fortín Necochea

Tabla 1. Partes esqueléticas de los carnívoros representados en NM1

Taxa	Partes esqueléticas
Canidae indet.	1 canino, 1 m1 der., 1 M2 der., 1 molar, 1 diente, 1 falange px.
<i>Dusicyon</i> sp.	1 i2 izq., 1 I3 der., 2 I3 izq., 1 C1 izq., 2 c1 izq., 1 P1 der., 1 p1 der., 1 P3 der., 1 p3 der., 1 p3 izq., 2 P4 der., 1 P4 izq., 3 M1 izq., 1 M1 o M2 izq., 1 M2 der., 2 M2 izq., 2 m1 izq., 2 m2 izq., 1 frag. de hemimandíbula izq. con m1, 1 petroso izq., 1 4 ^{to} metacarpiano der., 1 falange proximal
<i>Dusicyon gymnocercus</i> (zorro pampeano)	1 C1 izq., 1 c der., 2 P4 izq., 1 p3 der?, 1 M1 der., 2 m1 der., 1 m1 izq., 1 m2 izq., 1 frag. mandibular izq. con p2, 1 húmero ds. izq., 1 húmero px. izq., 1 frag. húmero izq., 1 frag. fémur ds. der., 1 frag. tibia diaf. izq., 1 frag. astrágalo der., 1 calcáneo der., 1 calcáneo izq.
<i>Dusicyon avus</i> (zorro extinguido)	1 I3, 1 P4 izq., 2 p4 izq., 2 p4 der., 1 frag. premolar, 2 M1 der., 1 M1 izq., 6 m1 der., 3 m1 izq., 1 hemimandíbula der. con p1-m2, 1 frag. mandibular izq. con M1, 1 frag. mandibular con alvéolos del p3 y p4, junto con 1 frag. mandibular izq. con alvéolos de m2 y m3
c.f. <i>Dusicyon avus</i>	1 I3 izq., 1 C1 der., 2 C1 izq., 1 c1 der., 1 P4 der., 1 P4 izq., 1 p4 der., 1 p4 izq., 1 M2 izq., 1 m2 der., 1 frag. mandibular izq. con p3 y p4 y talónido de m1 izq. y m2 izq.
<i>Chrysocyon brachyurus</i> (aguará guazú)	1 metatarsiano V
<i>Conepatus</i> sp. (zorrito)	1 frag. mandibular con m1, 1 frag. hemimandíbula der. con m1 y frag. hemimandíbula con m1
Felidae indet.	1 i3 der. de <i>P. Concolor</i> o i2 de <i>P. onca</i> , 1 M1 izq.
<i>Panthera onca</i> (yaguararé)	1 I3 der., 1 i3 der., 1 C1 der., 1 c1 izq., 1 P1 der.

Referencias: I=incisivo superior; i=incisivo inferior; C=canino superior; c=canino inferior; P=premolar superior; p=premolar inferior; M=molar superior; m=molar inferior; px.=proximal, ds.=distal, diaf.=diáfisis, der.=derecho, izq.=izquierdo y frag.=fragmento/s.

(Crivelli Montero *et al.* 1997). Por otra parte, en NM1 fueron hallados varios elementos de *Dusicyon avus* pertenecientes a por lo menos seis individuos. Su registro no es muy abundante en los sitios de la región (Tabla 2). Se identificaron restos fehacientes de esta especie en Cueva Tixi (Quintana 2001), Paso Otero 3, Zanjón Seco 2 (Martínez y Gutiérrez 2004) y Río Luján (Prevosti *et al.* 2004). A estos contextos se le agrega el sitio Calera, donde se han recuperado restos de *Dusicyon avus*, zorro pampeano y puma en cubetas cavadas intencionalmente en el sedimento (Kaufmann y Álvarez 2005). En consecuencia, un primer aspecto a considerar es que la subrepresentación de los jaguares, zorritos y ciertos cánidos (*Dusicyon avus* y *Chrysocyon brachyurus*) implica que los mismos han sido seleccionados con poca frecuencia para su explotación en la región pampeana, es decir que su relación con la subsistencia sería limitada (Bonomo 2004, 2005b; Acosta 2005).

La baja frecuencia de algunos carnívoros en el registro pampeano puede estar influida por sus comportamientos que, sin duda, han afectado la disponibilidad de estos animales y las posibilidades de su explotación sistemática. Los carnívoros hallados en NM1 son animales solitarios con hábitos preferentemente nocturnos y crepusculares (Marchetti 1988; Gómez 2000; Prevosti *et al.* 2004). Estas particularidades posiblemente han incidido, sobre todo en el caso de los felinos, en las posibilidades de encuentro y de obtención de estos animales. Al contrario de lo que sucedía con especies gregarias, en las que podían ser capturados varios individuos en un mismo evento de cacería, cuando ocurrían los encuentros con dichos carnívoros se daban generalmente con individuos aislados. Entre otras causas, la etología de los carnívoros probablemente ha provocado

Tabla 2. Restos de carnívoros en sitios de la región pampeana

Taxa	Cronología	Áreas	Sitios arqueológicos	Referencias
<i>Dusicyon avus</i>	Holoceno medio	Tandilia	Cueva Tixi	Quintana 2001
	Holoceno medio	Interserrana	Paso Otero 3	Martínez y Gutiérrez 2004
	Holoceno tardío	Interserrana	Zanjón Seco 2	Martínez y Gutiérrez 2004
	Holoceno tardío	Norte Tandilia	Río Luján Calera	Prevosti <i>et al.</i> 2004 Kaufmann y Álvarez 2005
<i>Chrysocyon brachyurus</i>	Holoceno tardío	Norte	La Bellaca 2	Acosta 2005
	Holoceno tardío	Norte	Anahí	Acosta 2005
<i>Conepatus</i> sp.	Holoceno medio	Interserrana	Fortín Necochea	Crivelli Montero <i>et al.</i> 1997
	Holoceno tardío	Norte	Cañada Rocha	Salemme 1987
	Holoceno tardío	Tandilia	Cueva Tixi	Quintana 2001
<i>Panthera onca</i>	Holoceno tardío	Norte	Cañada Rocha	Salemme 1987
	Holoceno tardío	Delta del Paraná	Don Santiago	Caggiano 1984

que estos animales no fueran recursos básicos para la subsistencia. Otro aspecto a tener en cuenta es que, de acuerdo con la distribución actual de *Chrysocyon brachyurus* (Prevosti *et al.* 2004), el hallazgo de aguará guazú en NM1 podría correlacionarse con un aumento en las temperaturas medias que produjo una expansión meridional de su área de distribución. Aun así, no puede dejar de considerarse la alternativa de que el sitio se encontrara fuera del hábitat natural de la especie en ese momento, es decir, que este animal podría haber sido cazado en una zona más septentrional de la región.

Al igual que en NM1, en la gran mayoría de los sitios de la región pampeana los carnívoros están representados por elementos del cráneo y la mandíbula, sobre todo material dentario (Quintana 2001; Acosta 2005). La baja representatividad del esqueleto apendicular, cinturas y columna vertebral en algunos sitios probablemente esté influida por los procedimientos seguidos en la determinación taxonómica, restringida a elementos más diagnósticos como los dientes. Sin embargo, la recurrencia de esta baja proporción del esqueleto post-craneal en NM1 y en gran parte de los sitios pampeanos indica que este patrón no se debe solo a causas metodológicas (*i.e.* distinto énfasis en la determinación específica). Estos datos permiten plantear una estrategia diferente de transporte y procesamiento de los carnívoros respecto de otras especies utilizadas como recursos alimentarios, como los guanacos o los venados, en los que regularmente se registra un mayor número y diversidad de unidades anatómicas. Es sugerente también que los carnívoros recuperados en la gran mayoría de los sitios de la región no muestren evidencias claras de consumo (Martínez y Gutiérrez 2004). En dos mandíbulas de cánidos, un axis, un cúbito y un fémur, procedentes de los sitios La Bellaca 2, Anahí (Acosta 2005) y Río Luján (Salemme 1987), se han reconocido huellas de corte y/o evidencias de alteración térmica. Esto señala algún tipo de procesamiento antrópico de los cánidos en el área Norte, pero no necesariamente la remoción de carne para su consumo (Acosta 2005). Por consiguiente, la falta de evidencias claras de consumo está marcando una actitud distinta de las poblaciones del pasado hacia los carnívoros, si se compara con las estrategias seguidas con otras especies frecuentemente consumidas.

Aquí es importante destacar el caso de la selección de un elemento anatómico particular para la confección de pendientes. En los entierros humanos del sitio arqueológico Arroyo Seco 2 se han hallado cientos de caninos de cánidos con orificios de suspensión formando parte de adornos

corporales como collares y pulseras (Politis 1984; Laporte 2000). Pendientes elaborados con caninos de *Pseudalopex* sp. también fueron registrados en el sitio Anahí (Acosta 2005). Esto, a su vez, muestra otro contraste con el tratamiento de las partes esqueléticas de animales vinculados a la economía, como los ungulados y los mamíferos marinos, cuyos huesos fueron empleados para la manufactura de instrumentos ligados principalmente al procesamiento de las presas y sus subproductos como cueros (Johnson *et al.* 2000; Mazzanti y Valverde 2001; Bonomo 2005a). Por lo tanto, posiblemente los carnívoros hayan sido cazados o carroñeados con el propósito de obtener determinados subproductos no perecederos y no consumibles. Las piezas dentarias grandes y con formas alargadas, como sus caninos, fueron perforadas para la confección de pendientes (Politis 1984; Laporte 2000; Quintana 2001; Acosta 2005). En este sentido, es llamativa la baja proporción de caninos de cánidos con relación a otras clases de dientes y la presencia de mandíbulas sin colmillos en NM1 lo que podría apoyar la idea de una selección de estas piezas específicas.

Otra posibilidad no excluyente que debe considerarse es el aprovechamiento de sus pieles, dado que los carnívoros presentan pelajes suaves y largos, en el caso de los zorros y zorritos, o con colores distintivos (sobre todo el jaguar). A pesar de que la explotación de cueros podría ser inferida de manera indirecta a través de rastros de uso en los instrumentos líticos, su testeo arqueológico presenta ciertas dificultades, ya que esta actividad suele dejar pocas marcas en los huesos. Aun así, esta variante podría explicar el hecho de que el aguará guazú de NM1 esté representado sólo por un metatarso, elemento que puede dejarse intencionalmente adherido a los cueros (Aguerre 2000). En consecuencia, si la línea argumental seguida es correcta, es coherente plantear que la baja frecuencia de algunas especies, el particular patrón de descarte observado, las escasas evidencias de procesamiento y la ausencia de partes esqueléticas con rastros de consumo en los restos de carnívoros de NM1 y de los sitios pampeanos, indicarían que la inclusión de estas especies (principalmente los cánidos) en la dieta habría sido reducida o inexistente.

La presencia de cánidos en los contextos mortuorios de la región pampeana indica que estos animales ocuparon un lugar especial en la esfera ideacional de estas poblaciones que difería del de otras especies que no se encuentran en los ajuares (Politis 2000). Además de los numerosos pendientes de diferentes clases de zorros recuperados en Arroyo Seco 2, existen otros registros de cráneos y mandíbulas de carnívoros en los ajuares funerarios de tres sitios arqueológicos. En el sitio Río Luján se halló un cráneo y una mandíbula de *Dusicyon avus* y un cráneo de un felino indeterminado (Kriskautzky 1975; Prevosti *et al.* 2004). En el Delta del Paraná en el sitio Brazo Largo se recuperó un cráneo de un gran cánido asignado a *Chrysocyon brachyurus* (Gatto 1939), aunque esta determinación taxonómica no ha sido claramente contrastada. En esta misma zona, en el sitio Don Santiago, se hallaron restos de un premaxilar y un maxilar con incisivos, caninos, premolares y molares de *Panthera onca palustris* (Caggiano 1984). Estos registros están mostrando una mayor participación del yagareté en el lenguaje simbólico de los grupos de la Cuenca del Plata, tal como ha sido sugerido por Torres (1911) a partir de datos arqueológicos (algunas representaciones plásticas) y etnográficos (utilización de pieles y dientes caninos).

Como ha sido observado en forma reiterada en distintas sociedades, los elementos del esqueleto craneal son las partes anatómicas más frecuentemente seleccionadas para actividades rituales (Wilson 1999). La inclusión de cráneos, mandíbulas y piezas dentales de cánidos y félidos en los ajuares funerarios pampeanos no se explica en términos de decisiones utilitarias; por el contrario, su entierro junto con los cuerpos humanos sería la consecuencia de conductas de índole ritual. Estas evidencias podrían estar señalando que algunos carnívoros habrían sido referentes simbólicos comunes o animales con un *status* singular en las creencias de los grupos pampeanos prehispanicos. Los carnívoros podrían haber sido utilizados como emblemas totémicos exclusivos de determinadas parcialidades sociales. No obstante, además las dificultades que existen para su identificación (McHugh 1999), en la evidencia regional no se han descrito contextos donde se hayan seleccionado en forma frecuente otros animales u objetos materiales específicos para marcar diferencias grupales internas que permitan apoyar esta idea.

En este punto de la discusión y habiendo abordado los contextos arqueológicos pampeanos donde se registran los félidos y cánidos, es interesante tener presente cómo funcionaban estos animales en la dinámica de grupos cazadores móviles que habitaron la región y áreas vecinas según los datos etnográficos. Cabe remarcar para el caso de los felinos que entre los pueblos aborígenes americanos son muy frecuentes los símbolos con pumas y jaguares en los que se enfatizan sus propiedades de predadores exitosos, animales peligrosos, fuertes y ágiles. Los estudios de Saunders (1998:21-22) muestran que parte de su significado simbólico se basa en que estos carnívoros comparten características con los seres humanos, dado que ambos se ubican en la cima de la cadena trófica, no están restringidos por el tamaño de la presa y son competidores entre sí. Es decir, estos felinos ponen en riesgo la vida de los humanos, cazan los animales que son su alimento y ocupan lugares (cuevas y aleros) que podrían servirles de abrigo. Distintos símbolos como pinturas rupestres y objetos zoomórficos o antropomórficos de felinos, imágenes de jaguares o de humanos transformados con atributos de jaguar se encuentran por toda América en diferentes períodos.

En el registro etnográfico los félidos se manifiestan tanto en el mundo espiritual de los habitantes de la región pampeana como en el norte y sur de Patagonia continental. Existe una referencia, que data de los primeros contactos con los españoles (fines del siglo XVI), acerca de un acontecimiento mítico que asociaba el origen de las Sierras de Tandil con un puma con facultades físicas sobrenaturales (Casamiquela 1988:79). Para los tehuelches, el jaguar y el puma eran fieras peligrosas, veneradas y temidas, las cuales podían identificarse con la luna o el sol. Estos carnívoros, de acuerdo con sus hábitos nocturnos, eran relacionados con la oscuridad y la corporización del mal o *gualicho* (Lista 1894:20; Llaras Samitier 1950; Siffredi 1960-70:258; Casamiquela 1988:20, 78; Musters [1869] 1997:74). Los hábitos de la fauna pueden ser sumamente útiles para comprender algunas de las variables que intervienen en la percepción de los animales por una sociedad. En este sentido, Politis y Saunders (2000:116) han observado para las tierras bajas de Amazonia que, mientras los humanos son principalmente cazadores diurnos, la mayoría de los animales asociados con la esfera ideacional son predadores nocturnos.

Los pumas tuvieron un rol muy importante en las creencias de los tehuelches meridionales (*Aónikenk*) (Llaras Samitier 1950). Un aspecto relevante para cada cazador era la cantidad de estos felinos que lograba matar durante su vida. Esto era controlado por un espíritu tutelar (*Wendeunk*), quien a su vez rendía cuentas al héroe mítico y padre de los tehuelches meridionales (*Elal*) sobre el número de pumas cazados por un individuo cuando este moría. Sobre la base de lo ocurrido en los tiempos primordiales de los mitos, con el propósito de apoderarse de la fuerza y el valor de este enemigo tradicional, los tehuelches calentaban sus huesos y absorbían la médula ósea (Llaras Samitier 1950:183, 185, 195). Detrás de estas actitudes hacia los felinos se visualiza el modo en que las creencias influyeron en el tratamiento dado a estos predadores, afectando en este caso los tipos de fractura y el estado de alteración de la superficie de los huesos.

Entre los tehuelches eran muy frecuentes las narraciones en las cuales aparecían los zorros junto al jaguar y al puma, quienes poseían comportamientos alimenticios similares. Allí, los zorros eran dotados de cualidades antrópicas como la astucia y la malicia (Lista 1894; Llaras Samitier 1950; Bórmida y Siffredi 1969-70). En algunos de estos relatos se menciona que estos animales no eran consumidos (Bórmida y Casamiquela 1958-59:165; Aguerre 2000:127, 131). La alimentación de los zorros se asemejaba con la dieta de las poblaciones humanas: “comen como nosotros” y también, al igual que los felinos, “salen a buscar carne” (Bórmida y Siffredi 1969-70:225, 227, 228). O sea que, de forma similar a los grupos humanos, los felinos y cánidos podían cazar y alimentarse de las mismas presas. Ahora bien, estas creencias no excluían la posibilidad de que algunos carnívoros fueran cazados para adquirir sus pieles o, en el caso de los félidos, su carne (Bórmida y Casamiquela 1958-59; Musters 1997, Aguerre 2000). La explotación de estos recursos podría ser considerada en última instancia como una respuesta adaptativa a las necesidades básicas de los seres humanos. De todas maneras esto no le quita peso al papel de los factores

ideacionales en la explicación de las actitudes ambivalentes hacia estos animales y, en último término, en los patrones observados en los restos abandonados en los depósitos arqueológicos (Gould 1980:159).

Por último, es interesante transcribir la cita de Falkner [1774] (1974:141) en la que al referirse a los puelches y moluches menciona lo siguiente:

Se han imaginado una multitud de estos dioses, uno de los cuales creen que rige los destinos de cada stirpe o familia de indios, que se supone haya creado él. Los unos se dicen casta del tigre, los otros del león, algunos del guanaco, como otros del avestruz, etc.

Además, agrega que:

cuando muere algún indio va a vivir con el dios que es el patrón de su propia familia

Esta referencia estaría mostrando una subdivisión de la sociedad en partes menores, la que se infiere a partir de la identificación de grupos particulares con determinadas especies de animales con las que cada individuo se reúne luego de su muerte. Estos componentes clasificatorios que naturalizan relaciones sociales y traducen a símbolos los vínculos con la fauna son característicos de los sistemas de creencias totémicos (Descola 1992; Ingold 2000; Viveiros de Castro 2002).

Los datos etnográficos muestran paralelismos entre las sociedades pampeanas y patagónicas donde se vinculan a los carnívoros con el dominio ideacional. Si bien, como se mostró en el párrafo precedente, el guanaco y el ñandú también actuaron en algunas situaciones como símbolos, en la mitología estos animales se hallan más estrechamente ligados a aspectos utilitarios, tales como la subsistencia y la vestimenta (Lista 1894; Bórmida y Siffredi 1969-70). Esta concepción mítica diferencial y cambiante fundamenta distintas ideas rectoras y delinea formas de relacionarse con cada uno de los animales presentes en el ambiente. De esta manera, se observa que los animales incluidos en los discursos míticos transmitidos de generación en generación se conjugan con distinta intensidad con la esfera ideacional. Además de mostrar que los canidos y félidos no deben considerarse únicamente como agentes perturbadores involucrados en los procesos de formación de los depósitos arqueológicos, esta aproximación preliminar al plano simbólico sugiere dos cuestiones relevantes: 1) que algunos factores claves, como los hábitos nocturnos y la alimentación de los carnívoros, tal vez podrían haber influido en la apreciación de esta fauna en momentos prehispánicos e indirectamente en ciertas variables observadas en el registro arqueológico; 2) abre el interrogante acerca de la posible continuidad de estos mismos referentes, no necesariamente con igual significado, sino como íconos construidos a través del tiempo y que tuvieron una amplia extensión espacial, atravesando distintas barreras culturales (Bonomo 2004, 2005b).

Los dientes de tiburón blanco

Otros restos faunísticos hallados en NM1 son los dos dientes de *Carcharodon carcharias* (tiburón blanco) que han sido transformados en pendientes (Cione y Bonomo 2003; Figura 3). Recientemente se ha registrado en la colección Frenguelli del Museo de La Plata un diente fosilizado (n° 634) atribuible a esta especie. El mismo fue hallado en un sitio superficial emplazado en las inmediaciones del arroyo La Ballenera en la línea de dunas litorales. Además de este hallazgo, sólo se recuperaron elementos de otras especies de tiburón en dos sitios pampeanos. En el sitio superficial El Tiburonero ubicado en los médanos de Monte Hermoso (Conlazo 1983) se registraron abundantes restos de tiburón con artefactos líticos sin asociación evidente y en las ocupaciones correspondientes al Holoceno medio del sitio Casa de Piedra 1 en el valle del río Colorado (Gradin 1984) se recuperó un diente fósil de *Carcharias*.

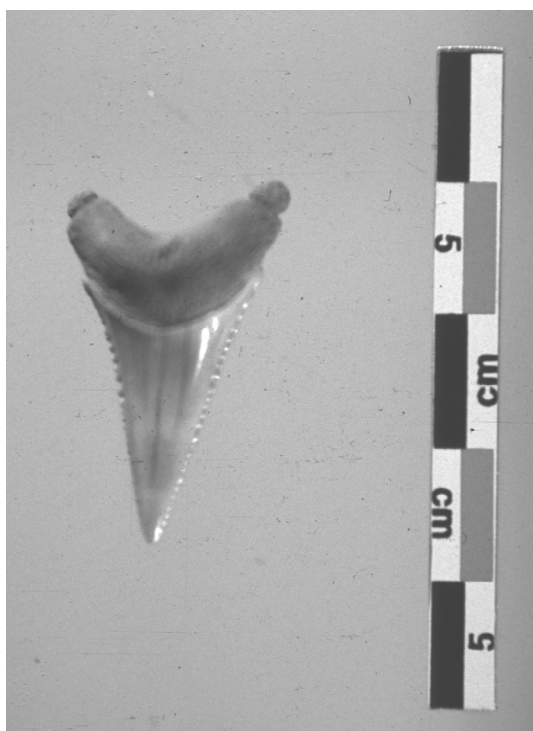


Figura 3: Vista lingual de uno de los dientes inferiores de tiburón blanco (segundo izquierdo) de NM1.

La singularidad del registro de tiburón blanco en el sitio NM1 ubicado a 3,5 km de la costa atlántica se debe a su hábitat marino, entre otras causas. El tiburón blanco es un pez oceánico extremadamente raro en casi todos los mares y que, en el área de estudio, posee registros escasos. La observación de estos ejemplares es inusual inclusive hoy en día con el desarrollo comercial de la pesca embarcada, aunque no se descarta que en el pasado haya sido más abundante (Alberto Cione com. pers. 2002). La presencia de dos pendientes elaborados sobre dientes de tiburón blanco en el contexto de los cazadores-recolectores pampeanos con una economía basada en la explotación de recursos continentales es excepcional.

Debido al buen estado de preservación que presentan estos dientes, las hipótesis más plausibles sobre su obtención son, por un lado, el hallazgo circunstancial a través del carroñeo de un ejemplar varado en la playa o, por otro, clavados en un mamífero marino que haya sido atacado por un tiburón (véase Cione y Bonomo 2003). De esta forma, mediante este uso oportunístico se pudo haber accedido a un recurso que se encontraba lejos de la costa. El marcado desgaste del aserramiento de estos dientes, en comparación con homólogos de muestras comparativas, señala que los mismos pudieron ser utilizado para fines prácticos como cortar o perforar; no obstante, su transformación en pendientes aparentemente preparados para usarse colgados en los cuerpos de los individuos indicaría que, en forma paralela, habrían tenido cierta carga simbólica expresada de modo visual. Si bien no se hallaron evidencias etnográficas acerca de estos grandes predadores marinos entre las poblaciones pampeanas y patagónicas, la participación de estos peces en fenómenos ideacionales fue común en varios grupos etnográficos y es frecuente en contextos arqueológicos costeros del Brasil y de otras partes del mundo (Cione y Bonomo 2003).

Los huesos mineralizados y la megafauna pleistocénica

En NM1 se destaca el hallazgo de dos huesos mineralizados, uno de un megaherbívoro de Edad Mamífero Lujanense y otro indeterminado, asociados a numerosos materiales líticos y óseos (Figura 4). Ambos elementos no presentan rastros de modificación antrópica y muestran evidencias de rodamiento y/o pátinas características de los fósiles que suelen encontrarse en la superficie de las playas bonaerenses. El primero de los restos es una sínfisis mandibular que probablemente corresponda a un perezoso del género *Scelidotherium*. Tomando en consideración a los sitios pampeanos, se observa que estos elementos han sido utilizados con muy baja frecuencia. En Cueva Tixi se recuperó un artefacto elaborado sobre un soporte que podría corresponder a un hueso fósil (Mazzanti y Valverde 2001) y en Cueva El Abra se hallaron fósiles con grabados (Mazzanti 2005). Al igual que en la región litoral donde se han hallado fósiles como ofrendas mortuorias (Ceruti 2000), es relevante el registro de una placa de *Glyptodon* sp. en un ajuar funerario de Arroyo Seco 2 correspondiente al Holoceno tardío (Politis 1984). Sin embargo, no se puede descartar que su presencia en este contexto mortuario se deba a procesos tafonómicos. Si bien los datos arqueológicos son escasos para discutir el carácter simbólico de los huesos mineralizados y de megafauna en momentos posteriores a su extinción, no se debe omitir el importante tratamiento que tuvieron los fósiles entre los grupos etnográficos de Patagonia.

Los tehuelches atribuían algunos objetos a agentes no-humanos. Ese es el caso de los huesos mineralizados, dado que los relatos recopilados en el siglo XX muestran que las poblaciones septentrionales (*Güniina-këne*) los identificaban con la personificación del espíritu maligno que



Figura 4: Huesos mineralizados hallados en NM1. A: sínfisis mandibular de c.f. *Scelidotherium* sp. y B: material óseo indeterminado.

enviaba las enfermedades y la muerte. Los huesos petrificados hallados en el paisaje constituían parte del cuerpo invulnerable de un ente sobrenatural antropófago (*Elenqáshem*) que, además, era considerado el autor de las representaciones rupestres (Bórmida y Casamiquela 1958-59). Estos restos óseos poseían propiedades vitales y curativas. Se raspaban para preparar una bebida que se tomaba con fines terapéuticos o bien para adquirir fortaleza (Casamiquela 1988:14-15, 18, 21).

Los relatos tradicionales de los tehuelches meridionales asociaban los fósiles con un personaje (*Oók(e)mpán*) que tenía el cuerpo petrificado cubierto por una coraza y que ya no existía (Bórmida y Siffredi 1969-70:232-234). Mencionan también la presencia de temibles bestias (*Iemisch*) que reunían cualidades de felinos y milodontes, cuya aparición podía ocasionar el abandono permanente de una localidad (Roth 1899). Entre sus características, se señala que vivían en abrigos rocosos, poseían hábitos nocturnos, eran muy fuertes y mayores que un puma, tenían grandes colmillos y garras y, según los recuerdos de los ancianos, en el pasado abarcaban una extensa distribución geográfica. En el siglo XIX se observó que un tehuelche poseía un trozo de cuero con huesos dérmicos, semejantes a los de los milodontes, que lo atribuía al cuerpo de un *Iemisch* (Roth 1899). Como en los casos de los fósiles, estos seres eran identificados con objetos que conformaban su cuerpo y los representaban metonímicamente de manera completa, funcionando, el cuero o los huesos, como soportes de los símbolos que relacionaban lo material con lo espiritual (véase discusión de casos semejantes en Augé 1998).

Estas sugestivas alusiones a fósiles junto a animales de grandes dimensiones, con caparazón y que ya no vivían, pueden estar mostrando cómo la megafauna pleistocénica fue reinterpretada en la mitología y persistió en la memoria social (*sensu* Van Dyke y Alcock 2003) después de su extinción en el Pleistoceno final y Holoceno temprano. También Ceruti (2000:114) muestra un caso semejante a partir de un relato de la región litoral que menciona que en los tiempos primitivos existían “tatú-carretas muy grandes, más grandes que los de hoy en día, y otros animales grandes”. La convivencia por varios miles de años con estos grandes mamíferos tuvo que implicar un considerable número de vivencias y saberes acumulados por los cazadores-recolectores. Este gran cambio singular que fue su extinción masiva pudo haber quedado grabado en la narrativa tradicional de estas poblaciones humanas, transformándose a lo largo de las generaciones hasta llegar a los siglos XIX y XX. De esta forma, los fósiles del pasado distante fueron seleccionados para reconstruir lo sucedido con anterioridad y explicar el presente. Todas estas evidencias dan cuenta de que estos elementos tenían connotaciones simbólicas que merecen una mayor exploración en el registro arqueológico.

Las bolas de boleadora

Entre los materiales líticos de NM1 (n=2.292) fueron descartados instrumentos con grandes diferencias en el esfuerzo y el tiempo invertido en su obtención, transporte y manufactura. Están presentes instrumentos fracturados con bordes irregulares y escasos retoques confeccionados tanto en rodados costeros locales como en rocas serranas alóctonas (sobre todo ortocuarcita, cuyas fuentes más cercanas están a 105 km del sitio). A estos materiales se les asocian dos bolas de boleadora enteras y numerosos instrumentos completos tallados en materias primas serranas con un diseño más elaborado y formas recurrentes como las raederas dobles convergentes. En un número importante de instrumentos sobre ortocuarcita no fue intensamente aprovechada su utilidad potencial, ya que posee tamaños grandes o muy grandes, filos activos y sin evidencias de mantenimiento o reactivación (Bonomo 2004, 2005a).

Entre otras causas (Bousman 1993), el abandono de estos instrumentos sobre rocas alóctonas que aún poseían una potencial larga vida útil puede responder a que se previera que los mismos serían necesarios para la realización de distintas actividades en el futuro. En parte esto también puede ser el resultado del sucesivo reemplazo de instrumentos con escasas modificaciones si las

materias primas eran abundantes como producto del aprovisionamiento de lugares (Kuhn 1990). Con todo, su abandono definitivo no se corresponde con las expectativas esperadas por los enfoques que enfatizan las ecuaciones de costo y beneficio (p. ej. Torrence 1989). Siguiendo estos enfoques se esperaría que a mayor energía empleada en el abastecimiento y en la secuencia de producción de algunos instrumentos se maximizara su tiempo de conservación, es decir, que existiría más reticencia a que sean desechados. Este hecho da la pauta de que en el descarte de los materiales líticos pueden estar interviniendo otras variables complejas que no pueden ser entendidas solo priorizando factores prácticos de eficiencia tecnológica como la economía de la materia prima de acuerdo a los costos de adquisición y transporte o los tiempos de manufactura.

Además, llama la atención que en NM1 se recuperaron cinco mitades de bolas de boleadora que no remontan entre sí (Figura 5). En cuatro de estas piezas incompletas se observaron evidencias claras como estrías, puntos de impacto y muescas que indican el lugar donde se produjo el golpe que ocasionó la fractura. Estas fracturas podrían haberse provocado accidental o intencionalmente. Por un lado, visto que no existen piedras duras en los alrededores del sitio, una de las posibilidades es que estas piezas se hayan roto accidentalmente por el choque entre sí durante su uso. La fractura podría haberse generado por el impacto de las distintas bolas de una boleadora al enroscarse en el cuello o las patas de un animal. Aunque no se descarta la rotura de estos instrumentos por su uso, sobre todo teniendo en cuenta la cantidad de guanacos cazados en NM1 y el hallazgo de bolas partidas en sitios superficiales pampeanos, en la bibliografía consultada sobre usos etnográficos y criollos de las boleadoras (González 1953; Fernández 1993; Musters [1869] 1997) no se hallaron menciones de la ocurrencia de accidentes de esta naturaleza.

Por otro lado, una alternativa es que estas fracturas podrían estar indicando que objetos que poseen un gran insumo de energía en su manufactura habrían sido fracturados de manera intencional. Esto debe ser corroborado con mayor evidencia mediante experimentación con estas materias primas de grano grueso. En caso de que estas fracturas fueran intencionales, esto no parece tener su explicación principal en la utilización de estos instrumentos ni en el reciclado de materias primas para la talla. Es necesario notar que dos de las mitades poseen machacaduras posteriores a la fractura que podrían señalar su uso como percutores. Aun así, esta función no justifica la decisión de fracturar estas armas, que son las que permiten el acceso diario a los recursos animales, habiendo otras materias primas disponibles en el sitio o en la costa atlántica ubicada en sus cercanías. Por el momento no se hallan fundamentos convincentes que involucren de manera parsimoniosa la fractura de estos instrumentos con la manufactura y el uso de los mismos.

Tampoco está claro que la fractura de las bolas de boleadora sea intencional, aunque no deja ser sugerente la posibilidad discutida por Chapman (2001) sobre la correspondencia que puede establecerse a partir de la asociación de las armas con la muerte de los animales cazados y la rotura o “muerte” de estos instrumentos. En este sentido, los objetos utilizados en rituales pueden ser fracturados deliberadamente antes de ser descartados (entre otros, Walker 1995), agregándole la rotura un plus al significado que tenían las piezas cuando estaban completas (Chapman 2001). De esta forma, debería explorarse en otros sitios pampeanos si existieron estas prácticas de fracturar los instrumentos y si podrían ser un correlato material ligado, al menos de manera parcial, con la esfera ideacional. A esto se le agrega la depositación de bolas enteras en los contextos funerarios de Arroyo Seco 2 (Politis 1984) y del Túmulo de Malacara (Vignati 1960) correspondientes al Holoceno medio y tardío, respectivamente. Una posibilidad que debe ser evaluada con mayor evidencia es que los componentes simbólicos de estos elementos estén preponderando sobre el utilitario.

En las fuentes etnográficas de los grupos pampeanos y patagónicos se describe la utilización de bolas de boleadora en cacerías, ceremonias, juegos o en otros casos para ahuyentar al mal; también se las menciona integrando los ajuares funerarios (Sánchez Labrador [1772] 1936:46-49, 69; Bórmida y Casamiquela 1958-59; Siffredi 1969-70:254; Falkner [1774] 1974:145). Asimismo, estos instrumentos eran importantes bienes de intercambio (Cardiel [1748] 1930:259) y se destaca

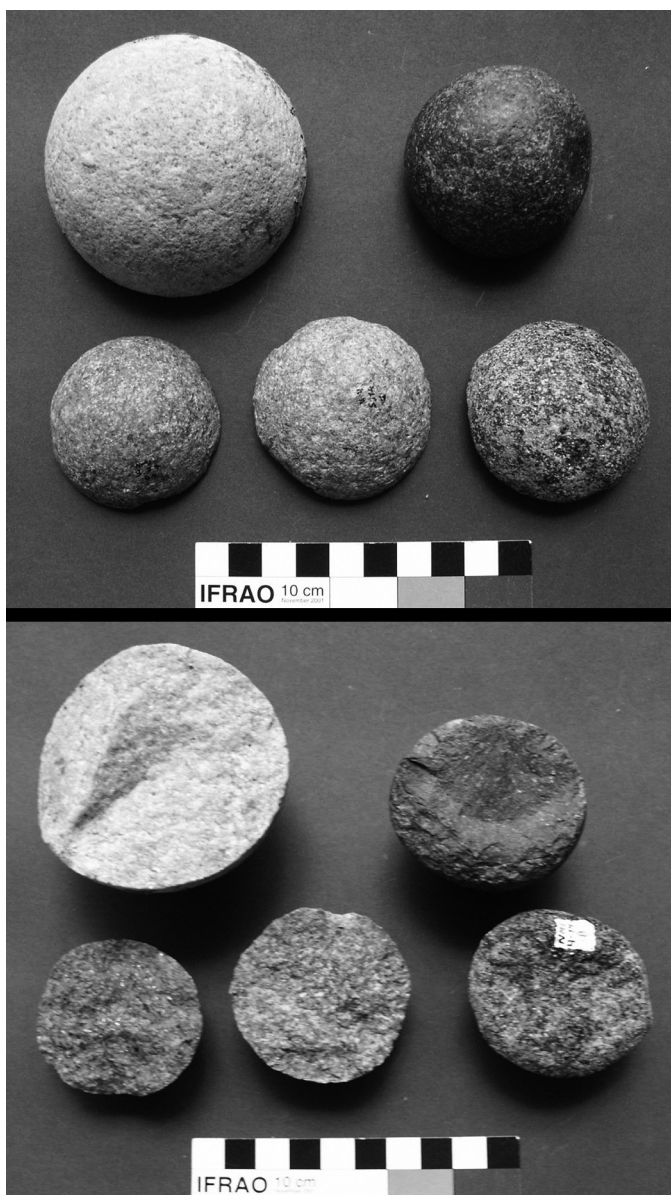


Figura 5: Bolas de boleadora partidas de NM1. En la foto inferior pueden observarse las superficies de fractura de las mismas.

que los tehuelches apreciaban las bolas de boleadoras “antiguas” (Musters [1869] 1997:200), esto es, manufacturadas y utilizadas por individuos del pasado (con respecto al significado simbólico del reciclado véase Thomas 1996:80).

Si bien, por lo general, estos elementos aparecen en las fuentes escritas como objetos personales con funciones utilitarias ligadas al mundo doméstico, estos mismos instrumentos también se asocian con la dimensión ideacional. El carácter simbólico de las bolas de boleadora puede desprenderse de la descripción de Cardiel ([1748] 1930:259) con respecto a la presencia de estos instrumentos en un determinado sector del paisaje muy árido conocido como “el país del diablo”:

hallabamos entan triste tierra algunos retazos con piedras menudas, entre las cuales havia algunas coloradas y otras blancas, todas mui duras y tan redondas como las del juego detrucos, y algunas de estas tenian alrededor una raya como canal como para atar un cordel; maravillosos de cosa tan perfecta. Los indios infieles decian que estas piedras se llamaban las piedras del diablo, porque el las hacia, y que con la uña desudedo pulgar hacia aquella raya (remarcado en el original).

Entre los tehuelches septentrionales las bolas de boleadoras ocupaban un rol importante en su universo de significados. En la tradición oral de estos grupos existía una figura denominada *Tachul* que habitaba topografías elevadas como las sierras o la cordillera. Este personaje mítico, identificado por los misioneros con el diablo, era considerado el creador de las bolas de boleadora (elaboraba el surco con la uña) y se relacionaba con el hallazgo de bolas en proceso de manufactura (Casamiquela 1988:97, 103, 104). Como sucede con la personificación de los felinos y fósiles como seres malignos, la asociación de espíritus con las bolas son características presentes en las creencias animistas. Además, las bolas formaban parte de relatos en los que se articulaban elementos del cielo y la tierra, en los que las mismas eran relacionadas con una constelación de estrellas (las Tres Marías) (Lista 1894:36). Estas referencias muestran que en el dominio ideacional también se incluyen bienes utilitarios de la vida cotidiana, como las bolas de boleadoras, que en situaciones específicas adquirirían un significado simbólico que trascendía sus funciones como armas de guerra o caza.

Los pigmentos

Otros hallazgos que se destacan en NM1 son los pigmentos minerales de color rojo (n=8), amarillo (n=4) y anaranjado (n=1) (Figura 6). En la región pampeana los pigmentos rojos han sido registrados de manera muy frecuente en sitios residenciales o de actividades específicas junto a materiales líticos y faunísticos, tanto como fragmentos con y sin evidencias de modificación antrópica o bien como sustancias adheridas a la parte activa de materiales de molienda. Pigmentos de este color primario también se presentan en los entierros de los sitios Arroyo Seco 2, Campo Brochetto, Ea. Santa Clara, El Moro, Brazo Largo del Holoceno medio y tardío (Gatto 1939; Politis 1984; Barrientos y Leipus 1997; Bonomo 2005a:tabla 42). Aún cuando pueden haberse usado para funciones prácticas (p. ej. procesamiento de pieles), estas sustancias pulverulentas se utilizaron en forma reiterada para la realización de tareas no utilitarias: decorar los recipientes cerámicos y pintar las representaciones rupestres. Las pinturas rupestres detectadas en los soportes rocosos de los sistemas serranos pueden tener algún tipo de conexión indirecta con estrategias económicas, considerando que pueden ser marcadores territoriales que indicaban el derecho de explotación de determinados recursos. Probablemente además tuvieron la finalidad de expresar mensajes de orden social y/o religioso entre las sociedades (Madrid *et al.* 2000; Oliva y Algrain 2004; Mazzanti 2005).

La selección de determinadas tonalidades de pigmentos para las representaciones rupestres, para la decoración de objetos y para cubrir a los muertos (junto con el hallazgo de cientos de sustancias colorantes en las cubetas del sitio Calera) muestra que su uso no se encuadra únicamente con actividades económicas y tecnológicas (Politis 2000; Mazzanti 2002; Di Prado *et al.* 2005). Como ha sido señalado por Politis (2000), esto también puede estar advirtiendo que colores cromáticos como el rojo hayan sido percibidos como símbolos para las poblaciones prehispánicas (para abordajes generales del significado del ocre rojo en distintos continentes pueden consultarse los trabajos de Jones y MacGregor 2002 y Hovers *et al.* 2003).

Los relatos de jesuitas y viajeros para los siglos XVIII y XIX indican que los pigmentos tuvieron gran importancia para las poblaciones que habitaron las regiones pampeana y patagónica.



Figura 6: Pigmentos minerales hallados en NM1.

Numerosos testimonios señalan que estos grupos emplearon pinturas en el cuerpo tanto durante conflictos y ceremonias como en la vida cotidiana; también se utilizaron ocre para el trabajo de cueros (Lista 1894:34; Sánchez Labrador [1771] 1936:46, 49-50; Bórmida y Casamiquela 1958-58; Bórmida y Siffredi 1969-70; Siffredi 1969-70:262, 268; Falkner [1774] 1974:144, 153-154; Musters [1869] 1997:195-96, 203-05; Aguerre 2000:83). Asimismo, la búsqueda de pigmentos era considerado “algo sagrado” y se aplicaban sobre los muertos durante las ceremonias funerarias (Sánchez Labrador [1772] 1936:59, 63; Aguerre 2000:132, 170). Según Lista (1894:96-97), los colores utilizados -rojo, negro o blanco- simbolizaban distintos significados como alegría, duelo o guerra.

Para finalizar, en las citas etnográficas mencionadas existen algunas coincidencias en el significado de los distintos elementos discutidos a lo largo de este trabajo. Los felinos, las bolas y los huesos mineralizados aparecen mediatizados por espíritus malignos y potencias adversas. Los dos primeros, a su vez, se identifican con determinados sectores del paisaje y con astros (sol, luna o estrellas). A los huesos mineralizados, se les atribuían propiedades medicinales y, al igual que los subproductos de los félidos, cualidades de transferir fuerza a los individuos a través de su consumo. Respecto de los zorros y jaguares, eran animales míticos que compartían una alimentación propia de los grupos humanos. Por último, los mismos objetos que fueron de uso cotidiano, como los pigmentos y las bolas de boleadora, se emplearon además en ceremonias, conflictos y entierros humanos. Pero el interés de este artículo no es establecer con un grado de definición etnográfica qué significado específico tenía cada uno de estos animales y bienes culturales, aspecto de difícil contrastación en el registro y sujeto a variaciones en el tiempo. En cambio, lo que se ha intentado es integrar a las discusiones arqueológicas cómo esos elementos fueron utilizados como símbolos construidos a través de las prácticas sociales.

PALABRAS FINALES

Las interpretaciones esbozadas en los párrafos anteriores no son finales. Por una parte, requieren mayor sustento empírico, lo cual a su vez permitirá discriminar las diferencias locales y cronológicas tratadas uniformemente en este trabajo para una vasta área geográfica y un largo período del Holoceno. Por otra parte, es necesario el desarrollo de herramientas analíticas específicas para captar y evaluar arqueológicamente estos problemas. Sin embargo, el estudio de los contextos regionales y de los patrones que presentan estos materiales en el registro arqueológico sugieren, con mayor o menor evidencia a su favor, que parte de los elementos recuperados en NM1 podrían ser derivados materiales ligados a aspectos simbólicos. Las particularidades señaladas del registro pampeano, sumadas a las referencias etnográficas, permiten plantear a nivel hipotético que los fétidos, los zorros, los huesos mineralizados, las bolas de boleadora y los pigmentos pudieron estar vinculados, aunque con distinto grado de intensidad, con el orden ideacional de los grupos humanos que habitaron la región. Esto habría quedado simbolizado en las prácticas mortuorias que llevaron a que determinadas unidades anatómicas de algunos animales, parte de las cuales fueron transformadas en pendientes y objetos de la cultura material sean incluidos en los ajueres funerarios pampeanos.

El hallazgo en un mismo contexto de estos objetos recuperados en el Componente Inferior de NM1 puede estar aportando información acerca del desarrollo de acciones conectadas con el plano ideacional en un campamento de cazadores-recolectores. Esto no quiere decir que se considere a la superficie excavada del sitio como un lugar específico donde se desarrollaron ceremonias concretas como podría haber sucedido en el sitio Calera (Messineo y Politis 2005). NM1 puede estar mostrando que las acciones y objetos relacionados con las creencias estuvieron presentes en la vida diaria de estas sociedades y dieron como resultado la formación de agregados de materiales con valor simbólico en distintos ámbitos cotidianos. Este vínculo de lo simbólico y lo cotidiano, también se ve reflejado en el registro arqueológico regional a partir de la depositación de los mismos elementos que se utilizaron en la vida diaria (pigmentos y bolas) en contextos rituales como los entierros humanos.

Asimismo, de acuerdo con los fechados radiocarbónicos obtenidos, los elementos registrados en el Componente Inferior podrían haber sido depositados durante eventos separados. Por este motivo, es necesario tener en cuenta que el significado atribuido a un sector del paisaje reside en componentes temporales, esto es, en las actividades allí realizadas con anterioridad (Eliade 1994; Thomas 1996). Si se considera este contenido histórico que poseen los espacios habitados por los seres humanos, se puede suponer que los eventos previos ocurridos en el sitio pueden haberle adjuntado ciertas connotaciones a ese lugar que trascenderían el momento mismo de la ocupación.

El lugar físico donde se desarrollan actividades económicas, sociales e ideacionales puede coincidir debido a que, como ha mostrado la literatura antropológica tratada, las mismas están íntimamente relacionadas. Además de la superposición de acciones rituales y cotidianas, el valor simbólico de los objetos es flexible y situacional. Los mismos objetos asociados con seres espirituales o preparados para los rituales también pueden ser empleados en tareas utilitarias, mientras que los de uso diario pueden ser elegidos por sus características funcionales para el desarrollo de rituales (Renfrew 1994; Hampton 1999; Bradley 2005). Ejemplos de esto podrían ser las bolas de boleadoras, los pigmentos minerales, los productos de algunos carnívoros y los dientes de tiburón. De esta forma, en un mismo lugar, en este caso en NM1, mientras se cazaban y procesaban guanacos y otros animales a los que se les atribuirían cualidades antrópicas, pueden haber sido abandonados simultáneamente artefactos líticos, restos de comida y objetos con variable connotación simbólica. Esto muestra que al mismo tiempo que se explotaba el entorno con fines económicos y tecnológicos estaban interactuando diferentes factores ideológicos, como la cosmovisión o los comportamientos míticos. En suma, el universo habitado por los cazadores-

recolectores pampeanos incluía dentro de su entramado social no solo a los seres humanos, sino también, lugares, animales, rocas, artefactos y seres espirituales.

La Plata, agosto de 2006.

AGRADECIMIENTOS

Este trabajo se realizó en el marco de dos proyectos: “Arqueología de los grupos cazadores-recolectores del sudeste del Área Interserrana Bonaerense” (N 330; UNLP) y “Arqueología de las poblaciones indígenas del sudeste de la región pampeana desde un abordaje suprarregional” (PIP-CONICET, N° 5424). Deseo agradecer a Gustavo Politis y Patricia Madrid por sus enriquecedores comentarios sobre versiones anteriores de este trabajo, cuando formó parte de mi tesis doctoral. A Francisco Prevosti, Alberto Cione y Gustavo Scillato Yané por las determinaciones de los restos de carnívoros, peces y megafauna, respectivamente. A los evaluadores de este trabajo, Nora Franco y Marcelo Cardillo, por sus interesantes sugerencias y detalladas revisiones. Todo lo expresado en este artículo es responsabilidad del autor.

BIBLIOGRAFÍA

Acosta, Alejandro

2005. Zooarqueología de cazadores-recolectores del extremo nororiental de la provincia de Buenos Aires (humedal del río Paraná inferior, Región Pampeana, Argentina). Tesis doctoral inédita, Facultad de Ciencias Naturales y Museo (UNLP), La Plata.

Aguerre, Ana María

2000. *Las vidas de Pati. En la toldería Tehulche del Río Pinturas y el después*. Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras, UBA.

Augé, Marc

1998. *Dios como objeto. Símbolos-cuerpos-materias-palabras*. Barcelona, 2^{da} edición. Gedisa.

Barrientos, Gustavo y Marcela Leipus

1997. Recientes investigaciones arqueológicas en el sitio Campo Brochetto (Partido de Tres Arroyos, Provincia de Buenos Aires). En: M. Berón y G. Politis (eds.), *Arqueología Pampeana en la década de los '90*, pp. 35-46. Olavarría, Museo de Historia Natural de San Rafael/INCUAPA, UNICEN.

Bird-David, Nurit

1999. “Animism” Revisted. Personhood, Environment and Relational Epistemology. *Current Anthropology* 40: S67-S91.

Bonomo, Mariano

2004. Ocupaciones humanas en el litoral marítimo pampeano: un enfoque arqueológico. Tesis doctoral inédita, Facultad de Ciencias Naturales y Museo (UNLP), La Plata.

2005a. *Costeando las llanuras. Arqueología del litoral marítimo pampeano*. Buenos Aires, Sociedad Argentina de Antropología. Colección Tesis Doctorales.

2005b. Zorros, pumas y jaguares: la dimensión simbólica de los carnívoros en la región pampeana. Trabajo presentado en el IV Congreso de Arqueología de la Región Pampeana Argentina. Bahía Blanca.

2007a. El uso de los moluscos marinos por los cazadores-recolectores pampeanos. *Chungara, Revista de Antropología Chilena*. En prensa.

2007b. Cazadores-recolectores prehispánicos del litoral marítimo pampeano. En: G. Politis (ed.), *Arqueología pampeana y de zonas vecinas: Incuapa 10 años*. Publicaciones INCUAPA-Serie Monográfica 4, Olavaria. En prensa.

Bórmida, Marcelo y Rodolfo M. Casamiquela

1958-59. Etnografía Gününa-këna. Testimonio del último de los tehuelches Septentrionales. *Runa* 9 (1-2): 153-193.

Bórmida, Marcelo y Alejandra Siffredi

1969-70. Mitología de los tehuelches meridionales. *Runa* 12 (1-2): 199-245.

Bousman, C. Britt

1993. Hunter-gatherer adaptations, economic risk and tool design. *Lithic Technology* 18 (1/2): 59-86.

Bradley, Richard

2005. *Ritual and Domestic Life in Prehistoric Europe*. Londres/Nueva York, Routledge.

Brown, James A.

1997. The Archaeology of Ancient Religion in the Eastern Woodlands. *Annual Reviews of Anthropology* 26: 465-485.

Caggiano, María Amanda

1984. Prehistoria del N.E. argentino y sus vinculaciones con la República Oriental del Uruguay y sur de Brasil. *Pesquisas, Antropología* 38: 5-109.

Cardiel, José

[1748] 1930. *Diario de viaje y misión al río del Sauce, realizado en 1748*. Publicación del Instituto de Investigaciones Geológicas 13 (A), Buenos Aires.

Casamiquela, Rodolfo M.

1988. *En pos del gualicho*. Fondo Editorial Rionegrino, Buenos Aires, EUDEBA.

Ceruti, Carlos

2000. Ríos y praderas: Los pueblos del Litoral. En: M. Tarragó (ed.), *Nueva Historia Argentina. Los pueblos originarios y la conquista*, pp. 107-146. Buenos Aires, Sudamericana.

Cione, Alberto y Mariano Bonomo

2003. Great White Shark Teeth Used as Pendants and Possible Tools by Early-Middle Holocene Terrestrial Mammal Hunter-Gatherers in the Eastern Pampas (Southern South America). *International Journal of Osteoarchaeology* 13: 222-231.

Conlazo, Daniel

1983. Resultados de una prospección en la zona medanosa en la costa sur de la provincia de Buenos Aires. *Asociación de Estudios Histórico-Arqueológicos de la Región Pampeana* 2: 32-51.

Crivelli Montero, Eduardo, Emilio Eugenio, Ulyses Pardiñas y Mario Silveira

1997. Archaeological investigation in the plains of the Province of Buenos Aires, Llanura Interserrana Bonaerense. *Quaternary of South America and Antarctic Peninsula* 10: 167-209.

Chapman, John

2001. Object Fragmentation in the Neolithic and Copper Age of Southeast Europe. En: P. Biehl y F. Bertemes (eds.), *The Archaeology of Cult and Religion*, pp. 89-105. Budapest, Archaeolingua.

Descola, Philippe

1992. Societies of Nature and the Nature of Society. En: A. Kuper (ed.), *Conceptualizing Society*, pp. 107-126. Londres/Nueva York, Routledge.

Dillehay, Tom

1990. *Araucanos. Presente y Pasado*. Santiago de Chile, Andrés Bello.

- Di Prado, Violeta, Rocío Scalise, Daniel Poiré, José M. Canalicchio y Lucía Gómez Peral.
2005. Análisis de elementos colorantes provenientes del sitio Calera (Sierras Bayas, Región Pampeana). Una exploración del uso social y ritual de los pigmentos. Trabajo presentado en el IV Congreso de Arqueología de la Región Pampeana Argentina. Bahía Blanca.
- Durkheim, Émile
1915. *The Elementary Forms of the Religious Life*. Londres, George Allen & Unwin.
- Eliade, Mircea
1992. *Mito y realidad*. Madrid, Editorial Labor.
1994. *Lo sagrado y lo profano*. Bogotá, Editorial Labor, novena edición.
- Evans-Pritchard, Edward
1984. *Las teorías de la religión primitiva*. cuarta edición, Buenos Aires, Siglo XXI.
- Falchetti, Ana María
1999. El poder simbólico de los metales: la *tumbaga* y las transformaciones metalúrgicas. *Boletín de Arqueología* 14(2): 53-82.
- Falkner, Thomas
[1774] 1974. *Descripción de la Patagonia y de las partes contiguas de la América del Sur*. Hachette, Buenos Aires.
- Fernández, Jorge C.
1993. Las boleadoras, el arma de la pampa. *Todo es Historia* 407: 68-80.
- Flannery, Kent V. y Joyce Marcus
1993. Cognitive Archaeology. *Cambridge Archaeology Journal* 3: 260-270.
- Frazer, Sir James George
1951. *La rama dorada*. 2^{da} edición. Méjico, Fondo de Cultura Económica.
- Gatto, Santiago
1939. El paradero-cementerio de Brazo Largo (Delta del Paraná). *Physis* 16: 365-376.
- Gómez, Gustavo
2000. Análisis tafonómico y paleoecológico de los micro y mesomamíferos del sitio arqueológico de Arroyo Seco 2 (Buenos Aires, Argentina) y su comparación con la fauna actual. Tesis Doctoral inédita, Universidad Complutense de Madrid, España.
- González, Alberto Rex
1953. La boleadora. Sus áreas de dispersión y tipos. *Revista del Museo de la Universidad Eva Perón* 4(ns): 133-292.
1992. *Las placas metálicas de los Andes del Sur. Contribución al estudio de las religiones precolombinas*. Kommission Für Allgemeine und Vergleichende Archäologie, Mainz am Rhein Verlag Philipp von Zabern.
- Gould, Richard
1980. *Living Archaeology*. Cambridge, Cambridge University Press.
- Gradin, Carlos J.
1984. *Investigaciones arqueológicas en Casa de Piedra*. Dirección General de Cultura y Ente Ejecutivo Casa de Piedra. Pcia. de La Pampa.
- Hampton, Bud O.W.
1999. *Culture of Stone. Sacred and Profane Uses of Stone among the Dani*. Texas, Texas A&M University Press.

- Hovers, Erella, Shimon Ilani, Ofer Bar-Yosef y Bernard Vandermeersch
2003. An Early Case of Colour Symbolism. Ochre Use by Modern Humans in Qafzeh Cave. *Current Anthropology* 44(4): 491-522.
- Ingold, Tim
2000. *The Perception of the Environment. Essays in livelihood, dwelling and skill*. Londres/Nueva York, Routledge.
- Insoll, Timothy
2004. *Archaeology, Ritual, Religion*. Londres/Nueva York, Routledge.
- Johnson, Eileen, Gustavo Politis y María Gutiérrez
2000. Early Holocene Bone Technology at the La Olla 1 Site, Atlantic Coast of the Argentine Pampas. *Journal of Archaeological Science* 27: 463-477.
- Jones, Andrew y Gavin MacGregor (eds.)
2002. *Colouring the Past. The Significance of Colour in Archaeological Research*. Oxford, Berg.
- Kaufmann, Cristian y María C. Alvarez
2005. La arqueofauna del sitio Calera (Sierras Bayas, región pampeana): un abordaje a los aspectos rituales del descarte de huesos de animales. Trabajo presentado en el IV Congreso de Arqueología de la región Pampeana Argentina. Bahía Blanca.
- Kriskautzky, Néstor
1975. Nuevos aportes para el conocimiento de los materiales arqueológicos obtenidos en la excavación del sitio Río Luján en la llanura aluvial de dicho curso. *Arqueología* 1: 9-13.
- Kuhn, Steven L.
1990. *Diversity within uniformity: tool manufacture and use in the 'Pontinian' mousterian of Latium (Italy)*. Tesis Doctoral inédita, University of New Mexico.
- Laporte, Luc con la colaboración de Claudia Sosa
2000. Arroyo Seco 2. El estudio del ajuar funerario de los entierros humanos. En: G. Politis y M. Gutiérrez. *Estado actual de las investigaciones en el sitio arqueológico Arroyo Seco 2*. Publicaciones INCUAPA-Serie Monográfica 5, Olavaria. En prensa.
- Lee Richard y Irving DeVore (eds.)
1968. *Man the Hunter*. Chicago, Aldine.
- Lévi-Strauss, Claude
1982. *El pensamiento salvaje*. cuarta reimpresión, México, Fondo de Cultura Económica.
- Lisboa, Isabel
1995. Rationality and irrationality: Religion in Prehistory. *Journal of Theoretical Archaeology* 3-4: 145-166.
- Lista, Ramón
1894. *Los indios tehuelches. Una raza que desaparece. Estudio etnológico sobre los tehuelches, según observaciones propias*. Buenos Aires, Pablo E. Coni.
- Lowie, Robert, H.
1963. Religion in Human Life. *American Anthropologist* 65(1): 532-542.
- Llaras Samitier, Manuel
1950. Primer Ramillete de Fábulas y Sagas de los Antiguos Patagones. *Runa* 3: 170-199.

- Madrid, Patricia, Gustavo Politis y Daniel Poire
2000. Pinturas rupestres y estructuras de piedra en las Sierras de Curicó (extremo noroccidental de Tandilia, Región Pampeana). *Intersecciones en Antropología* 1: 35-53.
- Marchetti, Beatriz
1988. *El yaguararé*. Fauna Argentina. Mamíferos 3, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina.
- Martínez, Gustavo y María Gutiérrez
2004. Tendencias en la explotación humana de la fauna durante el Pleistoceno final-Holoceno en la Región Pampeana (Argentina). En: G. Mengoni Goñalons (ed.), *Zooarchaeology of South America*, pp. 81-98. Oxford, BAR International Series 1298.
- Mauss, Marcel
1979. Esbozo de una teoría general de la magia. En: *Sociología y Antropología*, pp. 45-152. Madrid, Editorial Tecnos.
- Mazzanti, Diana L.
2002. Secuencia arqueológica del sitio 2 de la Localidad Arqueológica Amalia (Provincia de Buenos Aires). En: D. Mazzanti, M. Berón y F. Oliva (eds.), *Del Mar a los Salitrales. Diez mil Años de Historia Pampeana en el Umbral del Tercer Milenio*, pp. 327-339. Mar del Plata, Facultad de Humanidades, UNMdP, SAA.
2005. Indicadores de cambio económico-social en las sierras de Tandilia durante el Holoceno Tardío. Trabajo presentado en *el IV Congreso de Arqueología de la región Pampeana Argentina. Bahía Blanca*.
- Mazzanti, Diana L. y Federico Valverde
2001. Artefactos sobre hueso, asta y valva. En: D. Mazzanti y C. Quintana (eds.), *Cueva Tixi: cazadores y recolectores de las sierras de Tandilia Oriental. I Geología, Paleontología y Zooarqueología*, pp. 157-180. Mar del Plata, Laboratorio de Arqueología, UNMdP.
- McHugh, Feldore
1999. *Theoretical and Quantitative Approaches to the Study of Mortuary Practice*. Oxford, BAR International Series 785.
- Messineo, Pablo y Gustavo Politis
2005. El sitio Calera. Un depósito ritual en las Sierras Bayas (sector noroccidental de Tandilia). Trabajo presentado en *el IV Congreso de Arqueología de la región Pampeana Argentina. Bahía Blanca*.
- Musters, George C.
[1869] 1997. *Vida entre los Patagones*. Buenos Aires, El Elefante Blanco.
- Oliva, Fernando y Mariana Algrain
2004. Una aproximación cognitiva al estudio de las representaciones rupestres del Casuhati (Sistema Serrano de Ventania y llanura adyacente). En: C. Gradín y F. Oliva (eds.), *La Región Pampeana – su pasado arqueológico-*, pp. 49-60. Buenos Aires, Laborde.
- Politis, Gustavo
1984. Arqueología del Área Interserrana Bonaerense. Tesis Doctoral inédita, Facultad de Ciencias Naturales y Museo, UNLP, La Plata.
2000. Los cazadores de la Llanura. En: M. Tarragó (dir.), *Nueva Historia Argentina, t. I. Los pueblos originarios y la conquista*, pp. 61-103. Buenos Aires, Sudamericana.
- Politis, Gustavo y Nicholas J. Saunders
2002. Archaeological Correlates of Ideological Activity: Food Taboos and Spirit-animals in an Amazonian Hunter-gatherer Society. En: P. Miracle and N. Milner (eds.), *Consuming passions and patterns of consumption*, pp. 113-130. Cambridge, McDonald Institute Monographs.

Prevosti, Francisco J., Mariano Bonomo y Eduardo P. Tonni

2004. La distribución de *Chrysocyon brachyurus* (Illiger, 1811) (Mammalia: Carnivora: Canidae) durante el Holoceno en la Argentina: implicancias paleoambientales. *Mastozoología Neotropical* 11(1): 27-43.

Quintana, Carlos

2001. Formación del depósito faunístico. En: D. Mazzanti y C. Quintana (eds.), *Cueva Tixi: cazadores y recolectores de las sierras de Tandilia Oriental. I Geología, Paleontología y Zooloarquología*, pp. 123-133. Mar del Plata, Laboratorio de Arqueología, UNMdP.

Radcliffe-Brown, Alfred Reginal

1973. *Estrutura e função na sociedade primitiva*. 8^{va} edición. Petrópolis, Vozes.

Renfrew, Colin

1994. The archaeology of religion. En: C. Renfrew y E. Zubrow (eds.), *The ancient mind. Elements of cognitive archaeology*, pp. 47-54. Cambridge, Cambridge University Press.

Roth, Santiago

1899. Descripción de los restos encontrados en la caverna de Última Esperanza. *Revista del Museo de La Plata* 9: 421-453.

Salemme, Mónica

1987. Paleontozoología del sector bonaerense de la Región Pampeana con especial atención a los mamíferos. Tesis Doctoral inédita. Facultad de Ciencias Naturales y Museo, UNLP, La Plata.

Sánchez Labrador, Joseph

[1772] 1936. *Los Indios Pampas, Puelches, Patagones*. Buenos Aires, Viau y Zona.

Saunders, Nicholas J.

1998. Architecture of symbolism. The feline image. En: N. Saunders (ed.), *Icons of Power. Feline Symbolism in the Americas*, pp. 12-52. Londres/Nueva York, Routledge.

Shapiro, Warren

1998. Ideology, "History of Religions" and Hunter-Gatherer Studies. *The Journal of the Royal Anthropological Institute* 4 (3): 489-510.

Siffredi, Alejandra

1969-70. Hierofanías y concepciones mítico-religiosas de los tehuelches meridionales. *Runa* 12 (1-2): 9-52.

Spencer, Hebert

1896. *The Principles of Sociology*. 3^{ra} edición, New York, Appleton.

Stringer, Martin D.

1999. Rethinking Animism: Thoughts from the Infancy of Our Discipline. *The Journal of the Royal Anthropological Institute* 5(4): 541-555.

Thomas, Julian

1996. *Time, Culture and Identity. An interpretative archaeology*. London, Routledge.

Torrence, Robin

1989. Tools as optimal solutions. En: R. Torrence (ed.), *Time, Energy and Stone Tools*, pp. 1-6. Cambridge, Cambridge University Press.

Torres, Luis María

1911. El totemismo, su origen, significado, efectos y supervivencias. *Anales del Museo Nacional de Buenos Aires* 20 (serie 3^a, 13): 485-453.

- Tylor, Edward B.
1873. *Primitive Culture*. Londres, John Murray.
- Van Dyke, Ruth y Susan Alcock
2003. Archaeologies of Memory: An Introduction. En: R. Van Dyke y S. Alcock (eds.), *Archaeologies of Memory*, pp.1-13. Oxford, Blackwell.
- Verhoeven, Marc
2002. Ritual and Ideology in the Pre-Pottery Neolithic B of the Levant and Southeast Anatolia. *Cambridge Archaeological Journal* 12(2): 233-258.
- Vignati, Milcíades A.
1960. El indigenado de la Provincia de Buenos Aires. *Anales de la Comisión de Investigaciones Científicas de la Provincia de Buenos Aires* 1: 95-182.
- Viveiros de Castro, Eduardo
2002. *A inconstância da alma selvagem*. San Pablo, Cosac y Naify.
- Walker, William H.
1995. Ceremonial Trash? En: J. Skibo, W. Walker y A. Nielsen (eds.), *Expanding Archaeology*, pp. 67-79. Salt Lake City, University of Utah Press.
- Whitley, David S.
1998. *Reader in Archaeological Theory. Post-Processual and Cognitive Approaches*. Londres, Routledge.
- Wilson, Bob
1999. Displayed or Concealed? Cross Cultural Evidence for Symbolic and Ritual Activity Depositing Iron Age Animal Bones. *Oxford Journal of Archaeology* 18(3): 297-305.
- Womack, Mari
2005. *Symbols and Meaning. A Concise Introduction*. Oxford, Altamira.
- Wylie, Alison
1985. The Reaction against Analogy. *Advances in Archaeological Method and Theory* 8: 63-109.
- Zimmermann Holt, Julie
1996. Beyond optimization: alternative ways of examining animal exploitation. *World Archaeology* 28 (1): 89-109.